

## **¿UNA APUESTA IMPERIAL? ESTRATEGIA DIPLOMÁTICA Y MILITAR DE LA SEGUNDA REPÚBLICA RUSA, 1992-1994**

JEAN MEYER

### LA CAÍDA DEL IMPERIO SOVIÉTICO

EL PUNTO DE PARTIDA DE ESTA REFLEXIÓN, más allá del derrumbe de un imperio soviético que duró setenta años, es la desintegración del imperio de “todas las Rusias”, que duró más de tres siglos. Ese “cambio tectónico” (Andrei Kozyrev, 1992), le ha parecido a Z. Brzezinski (1992: 47) tan decisivo si no es que más que los de 1815 o 1945. Es necesario reafirmar que tal liquidación no resultaba “normal” o “lógica”: tomó por sorpresa tanto a los interesados como a Estados Unidos y a Europa occidental, que habrían preferido seguir tratando con una URSS debilitada, supuestamente en vías de democratización, según el modelo de la “convergencia”. La “descolonización” al vapor realizada por Yeltsin y Kravchuk, en su afán de deshacerse de Gorbachov, no había previsto ninguna de las consecuencias ulteriores; como muestra, baste considerar el hecho de que nada estaba pensado respecto al futuro del ejército soviético, en un espacio que había dejado de ser soviético, con responsabilidades estratégicas correspondientes a una superpotencia mundial.

Se trata de un acontecimiento mayúsculo que plantea problemas tremendos, mucho mayores que los vividos por Japón y Alemania en su hora cero, en 1945. La desaparición de la URSS ha dejado un problema geopolítico mayor, que no será resuelto en fecha próxima; plantea, además de la necesidad de elaborar una nueva doctrina militar y una nueva doctrina diplomática, la cuestión de la interacción entre la naturaleza del Estado ruso y su relación con el sistema internacional. Como la ex-

tinguida URSS, Rusia no tiene un plan preconcebido, sino una visión geopolítica. La URSS pretendía cubrir todo el espacio cercano, asegurar sus fronteras occidentales con un colchón bastante ancho de estados satélite y ser una superpotencia mundial, lo que implicaba el control de los mares. Su estrategia era fundamentalmente realista y utilitaria; sistemáticamente ofensiva, aprovechaba todas las oportunidades, como la revolución cubana o el derrumbe del viejo imperio etíope.

Se pudo, así, definir a la URSS como un imperio, porque tenía un centro que concentraba todo el poder, levantaba un tributo económico y científico, exigía la adhesión ideológica e impedía *manu militari* toda secesión; punto claramente afirmado por Brezhnev cuando dijo a Dubcek en 1968: "su frontera con la RFA es la nuestra y la defendemos victoriosamente". El imperio aspiraba a expulsar de Europa y Asia a los norteamericanos y, a largo plazo, a conseguir la preponderancia global. En los años setenta, tal programa parecía realizarse con las victorias comunistas de Indochina, Angola, Mozambique, Etiopía, sin hablar de los acontecimientos centroamericanos. En 1979, la entrada del ejército soviético en Afganistán y el principio de la crisis de los euromisiles manifestaron, tanto a los norteamericanos como a los europeos, la naturaleza ofensiva del imperio. Estos dos últimos acontecimientos nos señalan, *a posteriori*, que la URSS había ido demasiado lejos y había presumido de su fuerza económica. Estados Unidos, al apoyar a la guerrilla afgana, hizo de Afganistán un Vietnam soviético, y con la firme decisión francesa pudo restablecer en Europa el equilibrio militar gracias a los misiles Pershing. En 1983 Estados Unidos lanzó el programa de la "guerra de las estrellas" y la URSS no tardó en entender que corría hacia la quiebra.

La perestroika (1985-1991) obedeció a esa toma de conciencia que llevó a Gorbachov a frenar la carrera armamentista y a preparar el desarme nuclear. Una nueva política exterior, voluntarista y espectacular, encarnada por Gorbachov y por su canciller Shevardnadze, fascinó a Occidente. Descansaba en un análisis serio de la situación económica de la URSS y tomaba en cuenta el costo de la política exterior y militar, así como su relación con las realidades internas. Al renunciar al adoctrinamiento ideológico, la diplomacia soviética supo ganarse el apoyo occidental, mantenido incluso después de la renuncia de Shevardnadze en diciembre de 1990, luego de la derechización de la perestroika. Para esa fecha, el muro de Berlín había caído, la reunificación alemana se había dado dentro de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) y la URSS se debatía en una crisis profunda, agravada por los conflictos étnicos en Asia central y en el

Cáucaso, así como por el despertar de los nacionalismos. El golpe de Estado de agosto de 1991, intentado para salvar a la URSS, precipitó su ruina. Occidente, estupefacto, asistió sin el menor entusiasmo a la caída del imperio. Nunca festejó ningún "fin de la historia", sino que se atuvo a la sabiduría popular del refrán: "más vale malo por conocido...". Los europeos manifestaron enseguida su angustia frente a lo desconocido y todos experimentaron pronto el inconveniente de los nuevos desequilibrios.

A fines de 1991 el imperio había desaparecido y sus herederos se debatían en la crisis económica y política; las Alemanias eran una y las naciones de Europa central y oriental, incluyendo Ucrania y los países bálticos, eran independientes. Se había acabado el orden internacional de la posguerra; se había abierto el vacío geopolítico en Eurasia.

Tanto en la antigua URSS como en la Europa oriental y balcánica, la situación, congelada a lo largo de la *paz soviética*, empezaba a cambiar. A la distancia de tres años tomamos la medida del vacío que dejó la desaparición, en plena paz, de un imperio que había heredado en su totalidad el imperio ruso y, en parte, los imperios otomano y austrohúngaro. Las consecuencias estratégicas son considerables: multiplicación de los conflictos locales (Moldavia, Georgia, Armenia, Azerbaiyán, Tadjikistán) y de las tensiones con los nuevos estados independientes (Báltico, Ucrania, Moldavia, Georgia, etc.). El problema de Asia central, con todo y la guerra civil tadjik, aún no se plantea en toda su magnitud en relación con los vecinos: China, Pakistán, India y Afganistán.

Las antiguas "democracias socialistas", los países bálticos y Ucrania han buscado inmediatamente un acercamiento a Occidente, si no es que su integración en la OTAN y en la Comunidad Europea en una clara manifestación de desconfianza hacia Rusia. Además, el fin de la URSS plantea el problema del devenir de Rusia y de las grandes organizaciones internacionales desarrolladas en el contexto de la polarización Este-Oeste para todos los conflictos y para las relaciones internacionales en general.

#### LAS ILUSIONES NORTEAMERICANAS

Después de una primera reacción de incredulidad, en Estados Unidos se quiso creer que con la desaparición de la Unión Soviética no iba a existir ningún problema con la nueva Rusia, la cual tenía que ser rápidamente una democracia capitalista. ¿No habían proclamado los presidentes Bush y Yeltsin, en su encuentro de junio de 1992, el inicio de "una nueva era de amistad y vida en común"?

Stephen Cohen, reconocido historiador de la Unión Soviética, fue uno de los primeros en señalar el “malentendido, la hipótesis potencialmente peligrosa”. Según él, serios conflictos estaban ya en el horizonte político y la miopía generalizada acerca de los desarrollos post-soviéticos, los conceptos erróneos utilizados por los dirigentes occidentales, apuntaban hacia graves desilusiones. Cohen denunciaba el error de creer que Rusia, en vías de democratización y de adopción de la economía de mercado, seguía fielmente una política internacional pronorteamericana, cuando no inspirada directamente por Estados Unidos. Señalaba que la transición hacia la democracia estaba congelada, que Gaidar estaba perdiendo la batalla de la reforma económica frente a la coalición de los barones rojos de la industria, la agricultura y el complejo militar-industrial, y que las relaciones entre Moscú y las repúblicas de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) distaban mucho de parecerse a las relaciones entre Estados Unidos y Canadá. Notaba la creciente nostalgia rusa por la antigua Unión Soviética y subrayaba que eso no era propio de los “pardirrojos”, sino que los demócratas también tenían el equivalente de una doctrina Monroe para la CEI.

Cohen no profetizaba una nueva guerra fría, pero sí quizá una “paz fría”:

Una relación entre Estados Unidos y Rusia basada en la amistad y asociación es un prospecto sumamente improbable. Buena parte del pensamiento norteamericano acerca de la Rusia de hoy se basa en la premisa mesiánica de que Estados Unidos puede y debe ayudar a convertir esa sociedad, históricamente muy diferente, en una réplica de ellos mismos.

Concluía su advertencia con el anuncio de que los rusos no tardarían en refutar aquellos mitos:

El contragolpe es fácil de predecir —en el mejor de los casos el cinismo y la indiferencia norteamericana hacia la situación de Rusia; en el peor, un sentimiento de traición y reavivamiento de actitudes, reflejos de la guerra fría (1992).

Trece meses después, el contragolpe empezaba en Estados Unidos. La oposición de Rusia a la entrada en la OTAN de sus antiguos vasallos de Europa central y oriental, el “factor Zhirinovskiy” y su impacto en las elecciones de diciembre de 1993, la “nueva” doctrina militar rusa, el “nuevo” giro de su política exterior, todo llevaba a los analistas norteamericanos a quemar rápidamente lo que habían adorado hasta

la víspera. Siguiendo una corriente que había nacido en Europa, denunciaban el proyecto de reconstitución del imperio, por lo menos de un imperio más amplio que Rusia, y atribuían tal proyecto al despertar de los “viejos demonios” rusos. “The (Russian) Empire Strikes Back”, anunciaba en el *New York Times* John P. Hannah (27 de octubre de 1993), al presentar la tesis del “intento ruso de resucitar una esfera exclusiva de influencia sobre la antigua Unión Soviética”. Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski señalaron poco después que la amenaza imperial era muy seria, y que si Occidente permitía que Rusia reconstituyese su imperio de alguna manera, la condenaba a no ser democrática jamás. El famoso editorialista del *New York Times* William Safire multiplicó las llamadas de atención en diciembre y enero de 1994. Así, el 13 de diciembre de 1993, en “The Road to Bishkek”, preguntaba:

Will the new Russia turn over a new foreign policy leaf, or will non communist Russia be the old Russia— as soon as it gets on its feet, inclined to stew on its feet, inclined to stew on its neighbor's toes? [...] Should the West presume Russia to be genetically expansionist, and seize the moment to bring Poland, the Baltics and other states bordering Russia into the NATO alliance? [aludiendo a la opinión de Kissinger y Brzezinski], or would such neocontainment re-ignite Russian paranoia about being the target of the West, as the Clinton administration thinks?

El historiador Michael Beschloss decía:

Con las elecciones rusas vimos algo que nos parecía inverosímil hace una semana: que Zhirinosvsky pueda ser el próximo dirigente de Rusia o, por lo menos, que su gente sea una fuerza política muy importante [*New York Times*, 19 de diciembre de 1993].

Los editorialistas se volcaron sobre el tema de “Clinton Challenge in Russia” o de “Weimar Russia Scenario”, que les había sido sugerido por el presidente Yeltsin.<sup>1</sup> La opinión de Safire es muy representativa: “Veo a Rusia regresar como superpotencia y, aunque democrática, dominar a sus vecinos”. También lo fue su sugerencia al presidente Clin-

<sup>1</sup> Peter Reddaway, “Visit to a Maelstrom”, *NYT*, 10 de enero de 1994; Alain Frahon, “Leparí russe de l'administration americaine”, *Le Monde*, 13 de enero de 1994; Anthony Lewis, “Whistling past Weimar”, *NYT*, 28 de enero de 1994; Thomas L. Friedman, “Not Red, But Still a Bear”, *NYT*, 28 de febrero de 1994; William Safire, “Needed: a team B”, *NYT*, 10 de marzo de 1994.

ton: "Si usted no mete a Europa oriental en la OTAN ahora que Rusia es débil, no lo podrá hacer cuando Rusia sea fuerte." Según Safire, Clinton se equivoca "al creer que toda la historia, el carácter, la composición de Rusia habla en favor de que es una gran nación, no un imperio" [*New York Times*, 10 de enero de 1994].

Peter Reddaway —*a lifelong Russophile*— deploraba el "ciego optimismo de Clinton sobre Rusia" y afirmaba que "la paz no está inscrita en la agenda". Según Anthony Lewis "Rusia es una fuente potencial de gran peligro"; por lo tanto, es necesario "acercársele no con debilidad sino con una claridad y una firmeza que los rusos respetarán, y primero abrir nuestros ojos a la realidad".<sup>2</sup>

### ¿EL DESPERTAR DE LOS DEMONIOS RUSOS?

En 1929 el ideólogo del nacional-bolchevismo, Nikolai Ustrialov, escribía:

Arriba de la puerta del Salvador, que sigue siendo hasta hoy una reliquia nacional profundamente ligada a nuestra historia, el viejo campanario toca la Internacional. Entonces, una pregunta surge en el fondo de nuestra alma: ¿la Internacional seguirá profanando la puerta del Salvador, o el soplo del Kremlin dará a la Internacional una nueva significación?<sup>3</sup>

El primero de enero de 1944 el himno del proletariado internacional dejó de "profanar". El patriotismo ruso, invocado por Stalin para salvar al Estado en el momento crítico de la batalla de Moscú, se volvió un elemento capital de la ideología imperial soviética.

Según Hélene Carrere,

...el comunismo fue, en 1917, la respuesta de Lenin a un viejo debate: ¿Dónde está Rusia, en Europa o fuera de Europa? Incapaz de escoger, Lenin cortó por lo sano de manera singular: Rusia era el porvenir de Europa. La desaparición del comunismo reinicia este debate y pone a Rusia frente a sí misma [...] El comunismo ha sido el manto de Noé de un imperio de los zares reconstruido y mantenido con la esperanza de que un día se borrarían las diferencias nacionales. La desaparición del comunis-

<sup>2</sup> Para no ser repetitivo, menciono nada más dos textos semejantes: Z. Brzezinski *Foreign Affairs*; senador Richard Lugar (pro-ruso), "The Russians Are Tough Rivals. Not Partners", *NBC News Program*, "Meet the Press", 27 de febrero de 1994.

<sup>3</sup> Citado por Mijail Heller, *70 ans qui ébranlerent le monde*, París, Calmann Lévy, 1988, p. 104.

mo saca a la luz el problema de la relación entre esos pueblos y el de la elección que debe operarse entre una Rusia que se encontraría con sus límites o un imperio que habría que mantener a toda costa. Mantener el imperio es apartarse de Europa y frenar la democracia. El repliegue sobre Rusia, por el contrario, favorecería la democracia.<sup>4</sup>

Brzezinski no piensa de otra manera, y tampoco el polaco Iashek Kuron, cofundador de Solidarnosc (Solidaridad):

El problema principal de Rusia, creo yo, es su carácter imperial. No existió más Rusia que la imperial, por lo menos después del Ducado de Moscú. Creo que para ustedes es esencial evitar el peligro de volver al viejo camino de la concepción imperial. Si me pidiesen un consejo, les diría: en lugar de la expansión militar, escojan la de la civilización y la cultura.<sup>5</sup>

Esas inquietudes, especialmente claras entre las antiguas “democracias populares” en el Báltico y en una parte de Ucrania, responden a lo que podemos seguir llamando el “factor Zh(irinovskiy)”; o sea, a la corriente proimperial que retoma con orgullo la afirmación del gran poeta Mijail Lermontov: “Seremos esclavos, pero esclavos de Rusia, la rectora del universo.” La desaparición repentina de la URSS despertó como contragolpe en Rusia una ola nacionalista muy legítima, comparable con la que recorre toda la zona y el mundo, pero que tiene en sus márgenes poderosas corrientes reaccionarias, chovinistas e imperialistas.<sup>6</sup>

El error que parecen tener la tentación de cometer europeos y norteamericanos es el de confundir en un solo concepto el nacionalismo ruso y su versión imperialista pardirroja; digamos, la de Ruskoi y Zhirinovsky. Si en un primer momento no quisieron ver la fuerza de aquel *jingoism*, después creyeron con espanto que el nacionalismo del actual gobierno —proclamado por el presidente Yeltsin y su canciller Kozыrev— no era sino la expresión refinada y maquiavélica del primero. Mientras que antes eran todo indulgencia y distinguían la política “democrática y pro-occidental” de los civiles de la política “agresiva e imperialista” de los militares —en Moldavia, en el Cáucaso, en los países bálticos, etcétera—, ahora piensan que Yeltsin y Kozыrev se han entregado a los viejos demonios de Rusia. El segundo error bien podría resultar más peligroso que la ingenuidad del primero.

<sup>4</sup> Enero de 1990, mesa redonda en La Sorbona, París, publicado en *Le Nouvel Observateur*, 1 de febrero de 1994.

<sup>5</sup> En *Moskovskie novosti*, núm. 50, 8 de diciembre de 1993, p. 11.

<sup>6</sup> Breve síntesis del autor en “Rusia peligra”, *Nexos*, abril de 1994, pp. 57-63.

En la actualidad se redescubren los versos escritos hace ciento cincuenta años por Fedor Tiuchev:

Moscú y la ciudad de Pedro,  
Moscú y la ciudad de Constantino  
Son las capitales de la herencia imperial rusa,  
pero, ¿dónde la frontera, dónde los confines?  
¿Al norte, al este, al sur, al poniente?  
[...]  
Del Nilo al Neva, del Elba hasta China,  
Del Volga al Éufrates,  
Del Ganges al Danubio,  
Este es el imperio ruso.

¿Qué fundamenta los temores occidentales? ¿Corresponden a la realidad o bien no resisten el análisis?

#### LA “NUEVA” DOCTRINA MILITAR Y SU PRÁCTICA

Aunque no sea lo más importante, es lo que más asusta, porque la identificación entre imperio soviético y ejército soviético es más obvia. Lo que en realidad debería sorprendernos no es la actuación de los militares, sino su pasividad. He aquí un ejército engendrado y justificado por el imperio, duramente afectado en todos los aspectos materiales, ideológicos y psicológicos por la desaparición de la URSS y que no hizo nada —o casi nada— por impedir lo que vivió como una catástrofe. Todas sus concepciones geoestratégicas quedaron arruinadas con la pérdida del acceso a los mares, con la pérdida de la marca occidental, con el peligro de la proliferación nuclear. De repente, el enemigo potencial dejó de ser Estados Unidos y sus aliados para situarse muy cerca: Ucrania, los países bálticos, los antiguos satélites del Pacto de Varsovia, los islámicos del Cáucaso y de Asia central, Georgia, Moldavia..., hasta 20% de no rusos dentro de Rusia.

Hasta 1991 la URSS detentaba una cifra mundial al situar más de 30% de sus tropas delante de sus propias fronteras (Estados Unidos tenía 24% sin un soldado en México o Canadá). Sus fronteras estratégicas con Europa representaban 23% del total y reunían más de 50% de sus efectivos. La ruina del Pacto de Varsovia, la reunificación alemana y el fin de la URSS provocaron la retirada de aquellas tropas y una verdadera revolución estratégica que dejó un gran sentimiento de inseguridad entre los militares. Hay que situar en esa perspectiva el



tratamiento dado por los rusos al problema de la candidatura a la OTAN de los exaliados del Pacto de Varsovia; responde a una reacción más defensiva que ofensiva, más de repliegue que de revanchismo. Por primera vez desde 1945, Rusia se sentía amenazada directamente en sus fronteras. La guerra de Kuwait, en 1991, demostró a los militares que su retraso tecnológico era muy grande, precisamente cuando la pérdida de Europa central, del Báltico y de Ucrania significaba que Rusia era empujada hacia el este más de mil kilómetros; con ello se desmantelaba todo su sistema estratégico, tanto convencional como nuclear, sin hablar del problema de las bases y de las fronteras.

Al ejército ruso se le presentaron de pronto varios frentes —en lugar de uno solo— y muchos conflictos muy distintos del enfrentamiento global con Estados Unidos. Todo esto llevó a la elaboración —a petición del poder civil— de lo que en Occidente se llama la “nueva doctrina militar”, que no es tan nueva.

Dicha doctrina no es específicamente rusa, en la medida en que obedece a una lógica de seguridad que responde a motivos universales,<sup>7</sup> tales como la defensa de la integridad del territorio y la defensa de los conciudadanos (lo que incluye los 25 millones de rusos que viven fuera de Rusia). El mariscal Shaposhnikov no había logrado mantener el antiguo sistema militar soviético dentro de la CEI; por lo tanto, renunció a la ficción de unas fuerzas unidas de la propia CEI. En colaboración con la Presidencia, con la Secretaría de Relaciones Exteriores y con el Consejo de Seguridad, la Defensa elaboró un texto que fue aprobado el 2 de noviembre de 1993 por el Consejo de Seguridad.<sup>8</sup>

Hay que subrayar que la innovación doctrinaria militar es inseparable del esfuerzo diplomático ruso y, lejos de estar generándolo, se halla sometida a él. En primer lugar, Rusia no define a ningún enemigo potencial, mientras que la URSS designó hasta el fin —y los militares hasta mayo de 1992— a la OTAN como el enemigo evidente. En segundo lugar, el famoso “derecho” de dar el primer golpe en caso de agresión nuclear potencial, si bien impresionó mucho a Occidente, no representa más novedad que la de poner fin a la hipocresía soviética. Occidente, por su parte, siempre había afirmado tener ese derecho. En tercer lugar, es difícil encontrar en dicha doctrina alguna concesión a los militares, en forma de prima por su apoyo al presidente Yeltsin el 4 de octubre de 1993, en el momento del intento de golpe de Estado. Por último, el texto mantiene casi todo el antiguo espa-

<sup>7</sup> Sapir, pp. 156-180.

<sup>8</sup> John Erickson, 1994. Texto en *Voennaya Mysl*, núm. 11, noviembre de 1993.

cio de seguridad dentro de lo que es la Comunidad de Estados Independientes.

Hay una novedad doctrinal al afirmarse la necesidad de crear fuerzas de intervención rápida (como la OTAN, como Estados Unidos, como Francia) que descansen sobre una red de bases militares, en el marco de tratados de seguridad con cada uno de los países de la CEI. Se trata de construir fuerzas pequeñas con capacidad no sólo ofensiva (especialidad soviética) sino también defensiva y que puedan operar en el nivel del regimiento o del batallón interarmas.

En todo lo anterior no hay nada anormal. Es también lógico que Rusia pida la renegociación del acuerdo de desarme convencional (1990) en Europa: ¿Por qué tendría que concentrar sus tanques y artillería en una frontera este-oeste, que ha perdido su sentido cuando tiene problemas en su frontera sur, en el Cáucaso? Por fin se dice claramente que le tocará a la diplomacia hacer lo que no puede el ejército: buscar estructuras de seguridad colectiva en la ONU, la CSCE, con la OTAN, etcétera.

### ¿CUÁL POLÍTICA EXTERIOR PARA RUSIA?

La Secretaría de la Defensa y la Secretaría de Relaciones Exteriores trabajan de manera coordinada —por más que se haya dicho lo contrario— buscando encontrar dos líneas opuestas, las cuales corresponden al enfrentamiento entre civiles demócratas nada nacionalistas y militares aliados con los pardirrojos. De hecho, la doctrina militar se entiende a la luz de la diplomacia, que tiene a su servicio un personal de carrera muy competente, heredado del antiguo régimen.

### RUSIA EN BÚSQUEDA DE SU INTERÉS NACIONAL

La definición del interés nacional se encuentra en el corazón del debate político desde que desapareció la URSS. La nueva república tuvo que asumir de manera inesperada una doble responsabilidad: la de patria de sus ciudadanos —rusos y no rusos— y la de heredera de la URSS; y entre ambas, la protección de los 25 millones de rusos de la diáspora. Dentro de sus fronteras, que no corresponden a ningún momento de su historia, Rusia no sabe cómo definirse. No fue nunca un Estado-nación, como Francia, sino el núcleo de un imperio eslavo en expansión perpetua; primero, bajo los zares; después, bajo los soviéticos. Rusia

acaba de sufrir el mayor repliegue territorial de su historia desde que Pedro el Grande situó su frontera occidental en las playas del Báltico: perdió la periferia que —desde el Báltico hasta China— representaba su seguridad estratégica. La confusión entre lo que fue imperial, luego soviético, y lo que es ruso, aún no se disipa, y las dudas sobre la identidad nacional explican los titubeos iniciales de la diplomacia rusa en la búsqueda del interés nacional.

Al sentir su país amenazado en su integridad territorial por los separatismos tártaro, chechén y otros, vulnerable en sus fronteras por las guerras tadjik, caucásica, moldava, los dirigentes rusos han tenido que precisar su política exterior. Acusados de “atlantismo” y de “entreguismo”, cuando no de traición, se encontraron un tiempo a la defensiva frente a los ataques de los pardirrojos, “nacional-patriotas” y “nacional-bolcheviques”. En vista del programa francamente restaurador, revanchista e imperialista de sus adversarios, han tenido que definir (abril de 1993) las “Concepciones fundamentales de la política exterior de la Federación de Rusia”, verdadera doctrina, anterior a la “nueva” doctrina militar y condición para ésta.<sup>9</sup>

La Secretaría de Relaciones Exteriores, la Secretaría de Defensa, el Consejo de Seguridad —fundado en mayo de 1992— y todos los protagonistas interesados han participado en la elaboración de ese texto que presenta una concepción global y define prioridades.

Empieza con el diagnóstico de la crisis, una crisis que no quita a Rusia su naturaleza de potencia mayor ni sus consecuentes responsabilidades. Afirma la voluntad rusa de asumir su parte en el esfuerzo internacional para lograr la estabilización política y militar. Luego se fija la meta de lograr la seguridad de Rusia, lo que implica, entre otras cosas, mantener el potencial defensivo y, por lo tanto, conservar su lugar en el mercado mundial de armamentos. Entre esos dos objetivos se sitúa la afirmación de que Rusia se encuentra en el corazón de su antiguo imperio y de su esfera de influencia divisible en dos partes. La primera es la CEI, espacio calificado de “extranjero próximo”, espacio por organizar e integrar al máximo, en los planos económico y militar, quizá sobre el modelo europeo, pero sin obligar a nadie, nunca de manera imperial. La segunda parte corresponde a las antiguas “repúblicas democráticas” del Pacto de Varsovia, que preocupan mucho a los dirigentes rusos por su afán de integrarse en la OTAN y en la Unión Europea. Ven en sus intentos la voluntad hostil de formar un “cordón sanitario” que aislaría a Rusia de Occidente. Entre las dos zo-

<sup>9</sup> Agencias de prensa. Kozyrev, 1992, pp. 9-10, y 1994. Carrère d'Encausse, 1993.

nas, Ucrania, por su tamaño y naturaleza, ocupa un renglón especial en las preocupaciones rusas.

Afirma Rusia, además, la voluntad expresa de participar en el proceso de paz en los Balcanes y en el Medio Oriente. Europa occidental se encuentra en la última línea de las prioridades rusas, que privilegian en forma sistemática las relaciones con los vecinos inmediatos o próximos (China, India, Pakistán, los ribereños del Mar Negro, etc...) y, sobra decirlo, con Estados Unidos.

El documento ofrece una visión global y aclara la naturaleza de las operaciones efectuadas desde 1992 de manera diferenciada y pragmática, caso por caso. Se puede ver, al examinar la política seguida, que es realista, concreta, y que constituye un factor de cohesión nacional. El único sector en el cual la diplomacia rusa no ha registrado éxitos es el de las relaciones con Japón. El obstáculo territorial de las Islas Kuriles ha servido de absceso de fijación y los "patriotas" han impedido cualquier concesión, si es que el gobierno estuvo alguna vez realmente dispuesto a conceder algo a Japón. Moscú ve a Tokio con desconfianza y suspicacia y teme los efectos potenciales de la influencia económica japonesa en la Siberia oriental.

#### EL "EXTRANJERO PRÓXIMO"

Este vago concepto ha preocupado mucho a los occidentales, que han visto en él la manifestación de un neoimperialismo ruso deseoso de resucitar la antigua unión. Tal resurrección está programada por Zhirinosvsky y por Rutskoi, ciertamente, pero no por el gobierno actual. Los países bálticos han protestado enérgicamente cada vez que los rusos los han situado en su "esfera de influencia", "zona tradicional de intereses históricos", etc...,<sup>10</sup> y se han negado desde un principio a participar en la CEI. Ucrania creyó que la CEI no sería más que una fachada para liquidar los restos de la URSS, y al hacerlo cometió un grave error, al igual que la mayoría de los observadores. Georgia, Moldavia y Azerbaiyán empezaron afirmando que no tenían el menor deseo de entrar en la CEI, pero en 1994, *volens non volens*, las tres repúblicas se encuentran en ella.

Moldavia y Azerbaiyán siguen negando todo compromiso militar, pero Georgia, tras el colapso provocado por la guerra de Abjasia, ya firmó un pacto militar que incluye la instalación de bases rusas en su

<sup>10</sup> *Politique Internationale*, 1993-1994, pp. 329-367.

territorio. Finalmente, otras repúblicas han optado por el mantenimiento de lazos con Rusia, cada día más estrechos en el caso de Kazajstán<sup>11</sup> y de Bielorrusia.<sup>12</sup> Las realidades económicas, por un lado, y las crisis político-militares, por el otro, conceden a la CEI un porvenir que muchos daban por descontado hasta hace poco. Ya se han multiplicado los acuerdos de cooperación bilateral y Bielorrusia acaba<sup>13</sup> de celebrar una unión monetaria con Rusia. Esas formas variables de cooperación no llevarán forzosamente a la CEI a seguir el ejemplo de la Comunidad Europea, pero es de notar que, cuando el presidente Kazaj Nursultan Nazarbáyev propone una Unión de Eurasia,<sup>14</sup> invoca aquélla como modelo. Hacer de la CEI una realidad no coercitiva, respetuosa de la independencia de los estados, por poco nacionales que sean casi todos, sería el camino del realismo y de la sabiduría, siempre y cuando Rusia resistiera la tentación de abusar de su posición dominante. No tendría por qué ser el regreso del imperio.<sup>15</sup>

“El imperio contraataca”, dicen algunos. Hay que escucharlos; pero el asunto no es tan sencillo. Cierito: los nacional-bolcheviques tienen la nostalgia del imperio; cierto: hubo “oficiales perdidos” en Tadzhiistán, Abjasia, Moldavia, etcétera. Pero cuando Yeltsin dijo en el verano de 1993 que la frontera rusa estaba en el río Piandzh, entre Afganistán y Tadzhiistán, señalaba otra realidad. Dejemos a un lado a Ardzimba, líder de Abjasia, amigo del Frente Nacional de Salvación Ruso, quien pide entrar en la Federación Rusa para escapar de Georgia;<sup>16</sup> pero escuchemos a Aslan Abashidze, presidente de Adzharia, otra región autónoma dentro de Georgia, mosaico de razas y religiones, quien alaba la presencia del ejército ruso en su territorio, celebra la amistad con Rusia, pide más comercio y más relacionés. Lo mismo pide Armenia, de cuyo nacionalismo nadie puede dudar. Azerbaiyán,

<sup>11</sup> 28 de marzo de 1994.

<sup>12</sup> Vladimir Emilianenko, “Frente bielorruso: ¿quién gana?” *Moskijovskie Novosti*, 13 de febrero de 1994. El 12 de abril de 1994 los dos países firman una unión monetaria y económica.

<sup>13</sup> 12 de abril de 1994.

<sup>14</sup> 29 de marzo de 1994.

<sup>15</sup> Anatoly Adamishin, viceministro de Relaciones, declaró en París, el 21 de marzo, que Rusia rechazaba una política imperial para la cual no tenía ni ganas, ni medios. Afirmó buscar una forma de integración con los países de la CEI a partir del consenso, y que la CEI tiene la prioridad número uno para Rusia. Dijo: frente a realidades nuevas, “buscamos, nos equivocamos, seguimos buscando la solución a problemas muy profundos”. Recordó que en Rusia viven 150 millones de personas, 90 millones de las cuales tienen parientes en la CEI. (*Ruskaya Mysl*, 25 de marzo de 1994, p. 3.)

<sup>16</sup> Jean Meyer, “Después del imperio: Georgia”, *Vuelta*, febrero de 1993.

en guerra con los armenios de Nagorni Karabaj,<sup>17</sup> cansada de su líder nacionalista antirruso Elchibey, buscó a Gueidar Aliev, el viejo “padrino” de los tiempos soviéticos. Kazajstán, multiétnico, conserva el ruso como uno de sus dos idiomas oficiales y busca fortalecer la CEI. Los actuales dirigentes tadjik, los carniceros de Dushanbé, piden lo mismo por otras y negativas razones:<sup>18</sup> sin la fuerza militar rusa, les pasaría lo que a Najibulla en Kabul, y la situación del Afganistán, liberado de los rojos y de su aliado soviético, es tal que nadie desea compartirla. Hasta Georgia, celosamente nacionalista, aunque minada por los conflictos internos y su multiétnicidad —y dolida por el papel de los soldados rusos en la victoria abjaz—,<sup>19</sup> confiesa que no puede olvidar una larga historia común.

Lo que se ha redescubierto es que la URSS, como el imperio zarista, era más que un imperio —era a la vez un sistema. Para evitar el desastre yugoslavo, muchos pueblos deben buscar la manera de convivir sin que su unión sea imperial. Vivir juntos dentro de cada república no será más fácil que convivir dentro de la CEI. El problema se plantea tanto dentro de Rusia —con su 20% de no rusos— como fuera de ella —con los 25 millones de rusos que se encuentran allende sus fronteras— al igual que en cada uno de los estados que formaban la URSS: Ucrania, Georgia, Asia central. La lógica económica de la interdependencia debería sugerir a los hombres una racionalidad semejante para sus relaciones sociopolíticas, nacionales e internacionales.

Cuando los responsables de la diplomacia rusa dicen eso, no inventan una doctrina Monroe o *Monroiski*, como se ha dicho; señalan una realidad geopolítica cada día más reconocida. Los antiguos reflejos, por desgracia, siguen funcionando, como cuando Yeltsin afirmó:<sup>20</sup> “los dirigentes estonios han olvidado algunas realidades geopolíticas y demográficas. Rusia sabe cómo recordárselas”, un día antes de suspender, sin previo aviso, la entrega de gas a Estonia.

Con todo y nacionalismo, las repúblicas exsoviéticas —con la excepción de las bálticas, y quizá también con la de Ucrania— descubren que no pueden vivir solas y que sería mejor para todos recuperar lo que el imperio tenía de positivo bajo la forma, por lo menos, de un mercado común.

La dura realidad del destino geográfico se transparenta de manera nada diplomática en ciertas declaraciones:

<sup>17</sup> El presidente Elchibey cayó el 18 de junio de 1993.

<sup>18</sup> Jean Meyer, “Después del imperio: Tadjikistán”, *Vuelta*, diciembre de 1992.

<sup>19</sup> El 3 de febrero de 1994, Yeltsin viaja a Tiflis para firmar el tratado ruso-georgiano.

<sup>20</sup> 24 y 25 de junio de 1993.

No es necesario ser adivino [dijo el comandante de las fuerzas rusas en el Transcaucaso, Vasili Belchenko para prever que esas repúblicas, como Georgia, tarde o temprano volverán a nuestra esfera de influencia. Es un proceso natural. No pueden ser autosuficientes. Vivimos setenta años juntos y lo haremos otros cien años. Los Gamsajurdia, Tsecreteli, Chanturia, todos los que hicieron la guerra contra Rusia, han desaparecido. Pero el razonable pueblo georgiano se levanta y se vuelve hacia la generosa Rusia, la cual le tiende la mano.<sup>21</sup>

La confianza de Andranik Migranian, consejero político de Yeltsin, en la lógica del proceso reintegracionista es tal, que, hablando de Ucrania, dice:

Rusia no debe mostrar especial ahínco en lograr que Ucrania tenga el *status* de país desnuclearizado, [ya que] "en caso de una mayor integración de estos dos países, las armas nucleares pueden únicamente fortalecer su potencial común o el de la CEI en conjunto."<sup>22</sup>

Tanto este discurso como su puesta en práctica en las numerosas intervenciones del ejército ruso en la CEI no significan que el imperio contraataque. El papel decisivo de Rusia en la organización de la seguridad de la CEI no es una usurpación; su intervención ha sido más solicitada que impuesta, y Occidente la ha aceptado. Conscientemente o no, se prefiere tratar con Rusia los problemas de seguridad, y no con una multitud de nuevos estados. Eso explica la solicitud reiterada de Moscú de recibir de las Naciones Unidas un mandato para sus operaciones militares de "pacificación" dentro de la CEI. El 4 de abril de 1994, el secretario general Butros Ghali, al final de su visita a Moscú, dijo una vez más que la ONU no podía considerar a esos soldados cascos azules. En la víspera de su llegada, las secretarías de Relaciones Exteriores y de la Defensa habían publicado un comunicado conjunto para afirmar que Rusia lleva dichas operaciones en total conformidad con la Carta de las Naciones Unidas y que no son diferentes de las llevadas a cabo por la OUA en Ruanda o por la OEA en Haití, y terminaban solicitando el apoyo político y la contribución financiera de la ONU.<sup>23</sup> Butros Ghali dejó la puerta entreabierto para una fórmula de tropas mixtas ONU-Rusia, sin hacer preguntas desagradables sobre el

<sup>21</sup> *Ruskaya Mysl*, 27 de enero de 1994, p. 5.

<sup>22</sup> Citado por Pilar Bonet en "El mosaico exsoviético", *El País*, 31 de enero de 1994, p. 6.

<sup>23</sup> 4 de abril de 1994, agencias de prensa.

papel de ciertos rusos en el inicio de los conflictos de Moldavia, Abjasia, etcétera.

### EL "EXTRANJERO" Y LA OTAN

El extranjero no especificado corresponde a lo que Rusia considera parte de su "esfera histórica": los países del antiguo Pacto de Varsovia y los bálticos. Cuando el 24 de febrero de 1994 el presidente Yeltsin presentó su primer informe anual sobre el estado de la nación, afirmó —sin añadir ninguna novedad— que la ampliación de la OTAN con nuevos estados europeos, sin incluir a Rusia, "es la vía de nuevas amenazas para Rusia y para el mundo". "Rusia no es un invitado en Europa, sino un participante con pleno derecho de la comunidad europea." Según él, el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte, que reúne a los países de la OTAN y del antiguo Pacto de Varsovia, podría coordinar el trabajo de las organizaciones regionales como la OTAN y la Comunidad de Estados Independientes.<sup>24</sup>

Los países aludidos tienen, en general, una personalidad nacional mucho más marcada que los de la CEI, aunque no sean totalmente homogéneos. Con pocas excepciones, no pertenecieron al imperio zarista y todos fueron las víctimas más obvias del imperialismo soviético. Por eso, después de 1989, buscaron garantías militares de lado de la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

### ¿QUID DE LA OTAN?

La línea seguida por los rusos en este asunto ha sido el factor decisivo en el "despertar" de los norteamericanos. Las dudas y ambigüedades de Moscú se dispararon poco después de la visita de Yeltsin a Varsovia. Aquel 25 de agosto de 1993, Yeltsin, contagiado por el buen humor general, se permitió decir que Rusia no tendría inconveniente en que Polonia entrase en la OTAN. El 30 de septiembre, unos días antes de la intentona golpista de los pardirrojos en Moscú, mandó una carta a Estados Unidos, Alemania, Francia e Inglaterra en la que se definía la posición rusa, se mencionaba la existencia de "esferas de influencia" en Europa y se proponía una garantía de seguridad conjunta para los candidatos a entrar en la OTAN.<sup>25</sup> Una carta suya a Budapest (del 3 o 4

<sup>24</sup> Agencias de prensa.

<sup>25</sup> *Idem.*



de octubre, no publicada) fue ampliada con una aclaración telefónica de la Secretaría de Relaciones Exteriores a los húngaros: Rusia respeta el derecho de los estados de defenderse a su manera, de buscar su seguridad por medio de pactos, tratados, alianzas, si bien eso no significa que Rusia deje de reflexionar sobre lo que es más conveniente para la seguridad europea, especialmente para Europa Central. No se trata de una injerencia, ni del *droit de regard*,<sup>26</sup> tampoco Rusia está pensando en términos de “bloques”.

Las aclaraciones anteriores no disiparon para nada las inquietudes de los húngaros, preocupados por el vacío estratégico en Europa central y por los posibles conflictos con sus vecinos: Servia, Eslovaquia, Rumania. Las reacciones de los rusos llevaron a los norteamericanos a buscar una salida de compromiso: en el seminario de Travemünde, a fines de octubre, se habló por primera vez de una Asociación para la Paz (*Partnership for Peace*). El 12 de noviembre, el Consejo de Seguridad ruso adoptó la “nueva” doctrina de seguridad; el 25, Evgueni Primakov, jefe de los servicios de información, denunció, con un vocabulario del tiempo de la guerra fría, el “colosal potencial ofensivo de la OTAN”,<sup>27</sup> demostrando que los responsables de la defensa militar y de la seguridad nacional siguen siendo muy dogmáticos y soviéticos. Pero un Primakov no habla sin instrucciones, así que se puede pensar que se usó ese estilo, característico de una generación, para presionar a los occidentales.

Las mutaciones inducidas por la desaparición de la URSS se ven de manera muy clara en este asunto. Durante la Guerra Fría funcionó la “cláusula imperial” según la cual Europa oriental pertenecía a la esfera soviética. Con esa lógica de bloque, el Pacto de Varsovia simbolizaba la “integración negativa” de tantos países, precisamente de los que acababan de reiterar su profunda desconfianza sobre el papel de Rusia en las relaciones internacionales en Europa.<sup>28</sup> La liquidación del Comecon y del Pacto de Varsovia en el verano de 1991, poco antes del *putsch* de agosto, no les hizo olvidar la doctrina Brezhnev.

Respecto al problema de la OTAN, vale la pena subrayar que Rusia sigue siendo una gran potencia demográfica, geopolítica y militar. Su renuncia a los ideales y a las conquistas de la “revolución mundial” no

<sup>26</sup> Ilona Kich, “OTAN, Rusia y Europa central”, *Ruskaya Mysl*, 14 de octubre de 1993, p. 5.

<sup>27</sup> *Le Monde*, 27 de noviembre de 1993, p. 7.

<sup>28</sup> En Litomyšl, reunión de los presidentes de Chequia, Eslovaquia, Polonia, Hungría, Eslovenia, Alemania y Austria, 16 de abril de 1994.

implica que deje de gravitar, con todo su peso específico, sobre la vida de sus vecinos; eso, con independencia de que sea internamente democrática o no. Basta acudir al ejemplo norteamericano: sus dirigentes, democráticos o no, seguirán pensando en términos de una esfera de influencia rusa y de que sus vecinos tienen razón en buscar garantías para su seguridad. Así como es lógica su voluntad de entrar en la OTAN, no lo es menos la reacción negativa de los rusos, enfrentados a la posible extensión de una alianza militar de la cual quedarían excluidos.<sup>29</sup>

Lógica también es la perplejidad de los occidentales que no saben cómo tranquilizar a los unos sin molestar a los otros. Por ello nació esa Asociación para la paz que no es "ni carne ni pescado" y que no puede satisfacer a nadie. La solución no es fácil ni evidente. ¿Cómo recibir, en una OTAN de 15 miembros, a cinco, seis o siete países de Europa central y oriental, además de a 15 repúblicas exsoviéticas? ¿Quedaría algo de la alianza actual? No podría seguir tal cual. ¿Cómo articularía su acción con la de las Naciones Unidas este conjunto que cubriría todo el hemisferio norte? Por lo demás, tampoco se podría limitar la adhesión a los países bálticos y a los del grupo Vysegrad. Excluir a los rusos y a las repúblicas de Asia central sería designar al adversario potencial.

Hoy (5 de mayo de 1994), Rusia pospone su adhesión a la Asociación para la Paz. Logró impedir la entrada de sus exaliados del Pacto de Varsovia en la OTAN, y ahora sube las apuestas pidiendo más. El problema de la organización de un espacio de seguridad en Europa, capaz de tranquilizar tanto a Moscú como a sus exvasallos, queda en pie. No cabe duda que la solución pasa por una cooperación entre Rusia y Occidente. La junta de la OTAN en Bruselas, en enero 1994, al aceptar el proyecto norteamericano de Asociación para la Paz, no significó una capitulación como Munich (1938), y tampoco fue Yalta II, como dicen los críticos del presidente Clinton. Con o sin Rutsкои y su intentona golpista en octubre de 1993, con o sin Zhirinovskiy y su triunfo electoral en diciembre del mismo año, el problema existe. ¿Cuál es el futuro de la OTAN? No ha perdido su razón de ser; su adversario número uno ha desaparecido, pero existen muchas amenazas tanto al sur como al este: la crisis balcánica, que mañana puede extenderse a Macedonia y al Kosovo e involucrar a griegos, búlgaros y albaneses; los varios conflictos en la periferia de la CEE; el problema ucraniano, sin olvidar el problema remanente del arsenal nuclear soviético. Frente a un mundo de numerosas guerras pequeñas, de diseminación nuclear y de

<sup>29</sup> Tatu, p. 323.

crisis imprevisibles, ni se puede bajar la guardia, ni se puede dejar fuera a Rusia. Con ella se tendrá que inventar una cooperación estratégica. Para empezar, se tendrá que contar con ella, si no para lograr la paz en Bosnia, sí para evitar un desastre mayor.<sup>30</sup>

El problema es que la fórmula de compromiso elaborada por la OTAN, con todo y su flexible realismo, no parece satisfacer a los rusos. Después de dudas iniciales, de contradicciones internas, acaban de adoptar una posición de dureza expectante. Pavel Felgenhauer, especialista en las cuestiones militares de su país, escribió, después de la junta de Bruselas, que el compromiso alcanzado bien podría agravar la desconfianza mutua: "No hará más que excitar a los políticos occidentales que quieren ver de nuevo a Rusia como al enemigo de toda Europa [...] En Rusia, hay políticos y militares que no ven en esto más que la prueba de la naturaleza agresiva de la alianza occidental."<sup>31</sup>

El 10 de marzo el canciller Kozyrev participó en una junta del Consejo de Política Exterior con obispos, periodistas y políticos en la que se abordó el tema de la Asociación para la Paz. Su discurso provocó una serie de preguntas y objeciones reveladoras de una gran hostilidad hacia dicha asociación, por más que fuese defendida por el ministro y por el general Pavel Grachov, titular de la SDN. Konstantin Zatulin, presidente del comité para los asuntos de la CEI en la Duma, exclamó: ¿En verdad cree usted que la Duma o quien sea dará un centavo para esta *partnership*?<sup>32</sup>

Kozyrev señaló como elementos negativos el factor Zhirinovskiy, el miedo de Europa a la "amenaza rusa" y la ausencia de pensamiento estratégico frente a un real vacío de seguridad, y concluyó que la victoria de Occidente en la guerra fría, ni había sido una derrota rusa, ni hechura de la máquina bélica de la OTAN, sino el resultado de los principios democráticos.

Poco antes de posponer la entrada de Rusia en la alianza, Yeltsin precisó que buscaba, dentro del marco de la asociación, un acuerdo especial con la OTAN que tome en cuenta el peso específico de Rusia en los asuntos no solamente europeos, sino mundiales. La asociación entre Rusia y la OTAN, "por sus dimensiones y su densidad, debe tener un carácter diferente de la de otros países".<sup>33</sup> Obvio, pero si Yeltsin adopta-

<sup>30</sup> Daniel Vernet, "L' OTAN hors ses murs", *Le Monde*, 6 de noviembre de 1993, pp. 1 y 9.

<sup>31</sup> *Sevodnia*, 24 de enero de 1994.

<sup>32</sup> *Ruskaya Mysl*, 17 de marzo de 1994, p. 8.

<sup>33</sup> Miércoles 6 de abril de 1994, agencias de prensa.

ra las tesis de Zhirinovskiy y de Rutszkoi, si dejase suelta la brida de sus militares, entonces Occidente debería señalar a Moscú que también tiene su "extranjero próximo" y que éste incluye Europa central, los países bálticos y Ucrania.

#### BOSNIA, UNA ILUSTRACIÓN EJEMPLAR

Lo que acaba de pasar, lo que está sucediendo en Bosnia, confirma tanto la vacuidad de la reflexión estratégica, como la necesidad de asociar a Rusia con cualquier intento de llenar la necesidad de seguridad estratégica.

En febrero de 1994 Rusia logró un espectacular triunfo al convencer *in extremis* a los serbios de Bosnia de acatar el ultimátum lanzado por la ONU y la OTAN para que retiraran su artillería pesada a 20 km de Sarajevo. La garantía ofrecida a los serbios en forma de un batallón ruso en Sarajevo materializó inmediatamente la intervención hecha en nombre de la "solidaridad eslava". De ese modo, Yeltsin lograba una brillante victoria —muy útil para su frente interior—, quitaba la iniciativa a Estados Unidos y manifestaba la necesidad de contar con Rusia. Ese regreso al escenario internacional fue prolongado enseguida por iniciativas rusas en la cuestión palestina y por un endurecimiento generalizado.

Estados Unidos manifestó sin tardar su preocupación. Por primera vez Clinton decidió enfrentarse con el rival. En su mensaje sobre el estado de la Unión, afirmó: "Nos oponemos firmemente a una esfera de influencia rusa. Queda claro que los vecinos de Rusia no la desean." Mientras tanto, el senador Richard Lugar notaba que "los rusos son duros rivales, no socios" (10 de marzo). Después de su encuentro en Vladivostok con el secretario Christopher, Kozyrev declaró: "la luna de miel se acabó, el matrimonio tiene que seguir" (14 de marzo). W. Perry, secretario de Defensa, le hizo eco: "Rusia puede ser, o nuestro socio, o nuestro rival, y ambas cosas a la vez".

*Not red, but still a bear*,<sup>34</sup> Rusia está de vuelta sin que Occidente parezca haber aprendido las lecciones de febrero en Sarajevo. No aprovechó los dos breves meses de respiro logrados por el ultimátum militar y la mediación rusa. Cuando surgió a fines de marzo una nueva crisis en Gorazde —la cual era esperada—, olvidó la advertencia expresada por Yeltsin el pasado 15 de febrero: "Rusia no permitirá que

<sup>34</sup> Thomas L. Friedman, *New York Times*, 28 de febrero de 1994, pp. 1-2.

la crisis se arregle sin su participación.” Los días 10 y 11 de abril, a petición de la ONU, pero sin consultar ni prevenir a los rusos, la OTAN efectuó dos bombardeos simbólicos sobre los serbios en Gorazde. Obviamente, en Washington nadie había tomado en cuenta el hecho de que tal conducta significaba una grave humillación para Rusia. Los acontecimientos posteriores eran más que predecibles: la clase política rusa protestó unánimemente; Yeltsin, acompañado en su viaje oficial a Madrid por Kozyrev, declaró “inaceptable” la ausencia de “consultas anteriores entre Estados Unidos y Rusia”; Kozyrev completó: “Es un error muy grave y un gran riesgo tomar tales decisiones sin Rusia. Deseo que mis palabras sean escuchadas y tomadas en serio.”<sup>35</sup>

El retraso de la adhesión de Rusia a la Asociación para la Paz, prevista para el 21 de abril, se entiende desde esta perspectiva. Mientras tanto, Yeltsin envió —como en febrero— a Vitaly Churkin a negociar con los serbios, quienes tomaban represalias contra las fuerzas de la ONU y terminaban de vencer la resistencia bosnia en Gorazde.<sup>36</sup> La paz, que no había parecido fuera de alcance a principios de abril, volvió a esfumarse; por lo menos, tal como la soñaban los occidentales. Se comprobó que sin la diplomacia e influencia rusas no se puede hacer nada en Bosnia. La ambivalencia de Estados Unidos sólo complicó la situación y enojó inútilmente a Moscú. Tal es la lección de los acontecimientos de Bosnia. De nada sirve denunciar el imperialismo ruso.

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES

1. La enormidad del reto. La desaparición de la URSS plantea un problema geopolítico mayor, tanto para Estados Unidos y Rusia como para “las Europas” y todos los estados de la Comunidad de Estados Independientes.

2. Cuando Kozyrev afirma en 1994 que “Rusia tiene el destino de ser una gran potencia, no un junior”; que “la *partnership* no puede negar una política firme, hasta agresiva, de defensa de sus intereses nacionales”; que “Rusia no puede aceptar un papel global subordinado, lo cual sería injustificado y políticamente peligroso”,<sup>37</sup> no presenta una nueva doctrina imperial, sino que propone una relación fundada en la realidad.

<sup>35</sup> 11 de abril de 1994, agencias de prensa.

<sup>36</sup> 16 de abril. Los serbios derriban por primera vez un avión de la OTAN. Kozyrev tiene una reunión de emergencia en Belgrado con el presidente serbio.

<sup>37</sup> A. Kozyrev, 1994, p. 11.

3. Hay que examinar con mucha cautela dos tesis posiblemente equivocadas: la de un Yeltsin convertido al imperio o títere en manos de los conservadores y la de una Rusia que sigue el escenario de Weimar. La primera tesis ha sido muy bien resumida por Yuri Afanasyev<sup>38</sup> al considerar que el presidente es presa del complejo militar-industrial y —a cambio del apoyo que le dio el ejército el 4 de octubre de 1993— aceptó la “nueva doctrina militar”, la “nueva política exterior” y el proyecto de “restaurar el imperio”. La segunda tesis compara el derrumbe del Reich alemán en 1918 con el derrumbe de la URSS en 1991 y predice, después de la caótica república de Yeltsin (Weimar), la catástrofe imperial y bélica (Hitler y su equivalente ruso).

4. El mérito de esas dos posibles falacias es que llama la atención sobre el fenómeno del nacionalismo, general en esa parte del mundo.<sup>39</sup> En Rusia se enfrentan demócratas y nacional-comunistas, eslavófilos y occidentalistas, pero todos son nacionalistas. ¿Por qué asombrarse? En eso no hay ninguna “excepcionalidad” rusa. La virulencia del fenómeno se debe a su liberación después de una muy larga represión, y también a su relativa juventud, ya que Rusia se halla en busca de su identidad. Sería un error ver en ese nacionalismo el enemigo de la democracia. Gellner nos ha enseñado desde hace tiempo que nacionalismo y democracia van de la mano y, por lo tanto, debemos aceptar que es el Jano moderno, “bendecido con una cara de progreso y maldecido con otra cara de guerra y de intolerancia”.<sup>40</sup> No basta con desestimar el fenómeno por primitivo y reaccionario. Dmitri Lichajev —el intelectual—, Alexander Solzhenytsin, Boris Yeltsin, Andrei Kozyrev, son nacionalistas y respetables. Su nacionalismo no tiene nada que ver con lo que Stefan Zweig llamaba “la pestilencia nacionalista” en sus *Souvenirs d'un européen*. Por lo pronto, Rusia está en un proceso de *nation building* y éste es un reto mayor. Fue imperio antes que nación; en el imperio soviético el Estado se hallaba asociado con el Partido Comunista y no con la nación. Lo que es cierto para Rusia lo es también para Ucrania, y aún más para esas ficciones nacionales que son Kazajstán y las repúblicas centroasiáticas.

5. El peligro se encuentra precisamente en el problema de las relaciones entre Rusia y esas “naciones” —mucho más que en las elucu-

<sup>38</sup> Y. Afanasyev, “Russia’s Vicious Circle”, *New York Times*, 28 de febrero de 1994.

<sup>39</sup> Viachislav Nikonov, “Quiero demasiado a mi país para ser nacionalista”, *Moskovskie Novosti*, 20 de febrero de 1994, p. 8.

<sup>40</sup> Tom Nairn (escocés), citado por Misha Glenny en “¡Cuidado, Europa!”, *El País*, 31 de enero de 1994, p. 11.

braciones de los ideólogos nacionalistas—; ese problema internacional amenaza a la incipiente democracia rusa, pero tiene poco que ver con el “síndrome de Weimar”. Rusia no es Weimar; es decir, Alemania en 1933, con un aparato económico formidable. Si quieren compararla con Alemania, sería con la Alemania de 1945, la de la “hora cero”. Tardará años en reconstruirse.

6. ¿Cómo pueden los occidentales ayudar a Rusia a rechazar la tentación imperial? Tienen que escuchar a Richard Nixon cuando dice que Rusia es una gran potencia y que lo seguirá siendo; que tiene un papel decisivo en la sociedad internacional. En lugar de ver en esa realidad una manifestación imperial, tomarla en cuenta es la mejor manera de ayudar a Rusia en la construcción de un Estado democrático post-imperial. Hay que aceptar el nacionalismo de todos, empezando por el ruso. Al mismo tiempo se debe ayudar a Ucrania a estabilizarse; no tolerar ningún retraso en la evacuación de las tropas rusas de los países bálticos; garantizar la seguridad en Europa central; todo esto para suprimir obvias fuentes de conflictos potenciales. Pero, a la vez, hay que reconocer que Rusia es indispensable para resolver la cuestión de Bosnia, y más adelante la de Macedonia y la del Kosovo, y que tampoco se la puede excluir de la construcción de la paz en el Oriente Medio.

7. Europa puede reconocer esa realidad y adoptar esa actitud más fácilmente que Estados Unidos. Primero, porque la ve de más cerca y se siente directamente concernida. ¿Qué pasaría si una Rusia rechazada por un Occidente “decepcionado” armase con la nueva Alemania unida un nuevo esquema? “Es posible discernir en las élites alemanas un fuerte deseo de hacer de su país un gran poder independiente en el centro de Europa, con la mirada hacia el Este [...] Tal corriente está ganando fuerza.”<sup>41</sup> Europa puede beneficiarse de la tradición lúcida de Churchill y De Gaulle, que nunca olvidaron la existencia de Rusia detrás de la armadura soviética.

8. El problema es más bien de Estados Unidos. Tanto su enamoramiento iluso de la república de Yeltsin —después de su pasión por “Gorby”—, como su rápido “desengaño” presente, obedecen a una incapacidad profunda para entender que el otro es, puede y, eventualmente, debe ser diferente. Solzhenytsin lo dijo en su famoso discurso de Harvard (1978), que le ganó para siempre la hostilidad de los intelectuales norteamericanos.<sup>42</sup>

<sup>41</sup> Jürgen Habermas, en “More Humility, Few Illusions. A Talk Between Adam Michnik and Jürgen Habermas”, *New York Review of Books*, 24 de marzo de 1994, p. 27.

<sup>42</sup> *Le déclin du courage*, París, Seuil, 1978, pp. 9-10 y 12-14.

Estados Unidos creyó —antes de preguntarse *who lost Russia?*— que Rusia, con sus problemas económicos, ya no podía aspirar a un papel internacional de gran potencia; que seguiría en todos los campos el modelo norteamericano; que sería un aliado subordinado como lo fueron los vencidos de 1945, Alemania y Japón. Ahora descubren con asombro “el regreso de Rusia”, la existencia del “oso”, en lugar de ver las implicaciones positivas —y los peligros también— de tal realidad.

9. En cuanto a Rusia, después del derrumbe del imperio, en medio del caos económico, del saldo final dejado por la URSS y de las dificultades sociopolíticas a la medida de la doble crisis, intenta con bastante éxito encontrar su lugar en un nuevo orden internacional que no se puede construir sin ella. Algunos franceses que conocen a sus clásicos y gustan de repetirse la predicción de Tocqueville (1835), según la cual dos pueblos “el americano y el ruso” tendrían en sus manos en el siglo xx el destino del mundo, prefieren dos grandes potencias a una sola.

Ciertamente, es de temer una resaca, es de tomar en cuenta la posibilidad de una “revancha” de las fuerzas imperiales nacional-bolcheviques, como siempre se consideró la de una nueva amenaza alemana. Ahí están los polacos, que temen encontrarse de nuevo entre las águilas rusa y alemana, pero se puede realizar una lectura más positiva de los últimos acontecimientos. En los Balcanes, una intervención más concreta de Rusia puede contribuir a una solución que ni Europa, ni la ONU, ni Estados Unidos han logrado. El proceso de integración económica y militar de la CEI es globalmente alentador, con todo y las interrogantes planteadas por el futuro de Ucrania o la prolongación de la guerra entre Armenia y Azerbaiyán.

Si el mundo desea la consolidación de la república rusa, puede ver en los logros de su diplomacia un factor alentador. La desnuclearización en curso de Bielorrusia, Kazajstán y Ucrania; el reconocimiento del papel primordial de Rusia en la estabilidad y seguridad militar de la CEI; los avances y las iniciativas hacia los cuatro vientos, tanto dentro como fuera de la CEI, todo permite decir que Yeltsin y Kosyrev han alcanzado éxitos que han obtenido un consenso en Rusia en materia de política exterior. No tiene mucho sentido denunciar su “endurecimiento” y acusarlos de ser títeres de los militares.

Su diplomacia es un compromiso constantemente renovado, actualizado, modificado con pragmatismo, entre los intereses de largo plazo de Rusia y los intereses de corto plazo de varios grupos de presión, entre los cuales se incluye ciertamente el famoso complejo militar-indus-



trial. Esa diplomacia no ha dejado de ser muy occidental. Es más previsible que la diplomacia soviética, porque se apoya en un consenso razonable. En sus lazos inevitables con la política interior, puede presentar contradicciones más aparentes que reales. Hubo un tiempo en que la Secretaría de Relaciones Exteriores, la Secretaría de Defensa y el Sóviet Supremo tenían tres líneas diferentes. Hoy en día, las cosas han cambiado: Yeltsin y Kozyrev han impuesto su punto de vista.

Entre el conflicto total y la euforia irrealista, sobra espacio para muchas situaciones. Es necesario olvidar los estereotipos sobre las “ambiciones imperiales rusas” —del lado occidental— y el complejo de inferioridad, la obsesión del “cordón sanitario” del lado ruso.<sup>43</sup>

#### BIBLIOGRAFÍA

- Blank, Stephen J., y Jacob W. Kipp (comps.), *The Soviet Military and the Future*, Greenwood, Connecticut, 1992.
- Bluth, Christopher, “Russia and European Security”, *The World Today*, abril de 1994, pp. 73-75.
- Brzezinski, Zbigniew, “The Cold War and its Aftermath”, *Foreign Affairs*, LXXI-4, 1992, pp. 31-49.
- Bunce, Valerie, “Domestic Reform and International Change: the Gorbachov Reforms in Historical Perspectives”, *International Organization*, XLVII-1, invierno de 1993, pp. 106-138.
- Carrere D’Encausse, Hélène, “Russie: à la recherche de l’ identité perdue”, *Politique Internationale*, 60, 1993, pp. 37-50.
- Cohen Stephen, “Cold Peace with Russia?”, *The Nation*, 23 de noviembre de 1992.
- Deudney, Daniel y John Ikenberry, “Soviet Reforms and the End of the Cold War”, *Review of International Studies*, 17, verano de 1991, pp. 225-250.
- Danilovitch, coronel-general A. A., “On New Military Doctrines of the Community of Independent States and Russia”, *Journal of Soviet Military Studies*, vol. 4, diciembre de 1992, pp. 517-538.
- Erickson, John, “L’ armée se veut une force considérable que nul ne saurait négliger”, *Monde Diplomatique*, noviembre de 1993.
- , “Une doctrine militaire équivoque en Russie”, *Monde Diplomatique*, enero de 1994.
- Fritsch-Bournazel, Renata, “Moscou n’est pas Weimar”, *Études*, marzo de 1994, pp. 315-322.

<sup>43</sup> Dmitri Simes, *Moskovskie Novosti*, 20 de marzo de 1994, p. A5; Aleksei Puskov, *Moskovskie Novosti*, 20 de marzo de 1994, p. A13; editorial del *New York Times*, 14 de abril de 1994, p. A18, “No Time for Bear-Baiting”.

- Gorand, Francois, "L'alliance, l'Europe et la Russie", *Commentaire*, XVIII-65, 1994, pp. 41-46.
- Hérodote*, 64, "Cela s'appelait l'URSS, et après", enero-marzo de 1992, París.
- Hyman, Anthony, "Russians Outside Russia", *The World Today*, noviembre de 1993, pp. 205-207.
- Jaruzelski, Wotciech, "En el este, sin novedades", *El País*, 2 de febrero de 1994, p. 11.
- Jirinovsky, Vladimir, *Posledny brasok na iug*, Moscú, 1993.
- Kende, Pierre et al., *La grande secousse: Europe de l'Est 1989-1990*, París, 1990.
- Kozyrev, Andrei, "Russia: A Chance for Survival", *Foreign Affairs*, LXXI-2, 1992, pp. 1-16.
- , "Don't Threaten Us", *New York Times*, 18 de marzo de 1994.
- Lacoste, Yves, "De l'étrange fin d'un empire et des grands dangers qu'elle entraîne", *Hérodote*, 64, enero de 1992, pp. 3-19.
- Laqueur, Walter, "Russian Nationalism", *Foreign Affairs*, invierno de 1992, pp. 102-116.
- Levesque, Jacques, *L'URSS et sa politique extérieure de Lénine a Gorbatchev*, París, 1987.
- Mearsheimer, John, "Back to the Future: Instability in Europe after the Cold War", *International Security*, 15, verano de 1990, pp. 5-56.
- Mendras, Marie y Olivier Roy, "La Russie en mal d'Empire", *Esprit*, marzo de 1992, pp. 67-77.
- , "La décolonisation de l'Empire soviétique", *Esprit*, octubre de 1991, pp. 40-55.
- Michnick, Adam y Jürgen Habermas, "More Humility, Few Illusions. A Talk Between...", *New York Review of Books*, 24 de marzo de 1994.
- Moskovskie Novosti*, "La mano de Moscú asusta otra vez a Occidente", p. A 12 (en ruso).
- , 20 de marzo de 1994, p. A 5.
- Pain Emil, "El papel de Moscú en el espacio postsoviético", p. A 8 (en ruso).
- Ruskaya Mysl*, "El Congreso Mundial de las sociedades rusas", núm. 4015, 3 de febrero de 1994, p. 3.
- Schlesinger, James, "Quest for a Post-Cold War Foreign Policy", *Foreign Affairs*, LXXII-1, 1993, pp. 17-28.
- Simes, Dmitri, "Otros puntos de vista hacia el sentido común" (en ruso).
- Tatu, Michel, "La résurrection du 'grand frere'", *Politique Internationale*, 62, invierno de 1993-1994, pp. 313-328.
- Walesa, Lech, entrevista con Viktor Loshak y Valery Masterov, *Moskovskie Novosti*, 27 de marzo de 1994, A 11 (en ruso).
- Zaprudnik, Jan Belarus, *At a Crossroads in History*, Boulder y Oxford, Westview Press, 1993.